

PEDRO M. CÁTEDRA
El sueño caballeresco
DE LA CABALLERÍA DE PAPEL
AL SUEÑO REAL DE DON QUIJOTE



ÍNDICE

Preliminar	5
1. La caballería de papel en el siglo XVI: de la ficción a la metáfora del enfrentamiento	13
2. La caballería interior y la caballería puesta en escena en el siglo XVI	41
3. La caballería real en tiempos de Alonso Quijano	81
4. Cervantes y el «sueño» caballeresco	127
Apéndice 1	169
Apéndice 2	173

Los cuatro capítulos de este libro retoman trabajos anteriores que, continuando una línea de sentido, cobraron unidad con cuatro lecciones dictadas en el Collège de France durante los meses de mayo y junio de 2005, insertas en un ciclo que conmemoraba el cuarto centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*. Estas cuatro conferencias se corresponden bastante cercanamente con los cuatro capítulos de este libro, vertidas al castellano y con los ajustes necesarios. Se sirven del *Quijote* como punto de mira, aunque quizá no sea, precisamente, la obra de Cervantes la que constituye mi materia de estudio, o, por decirlo de otro modo, la obra de Cervantes no me sirve de punto de partida, sino más bien de punto de llegada. Punto de partida o punto de llegada, el *Quijote* ha suscitado lecturas trascendentes o interiores, emanadas del diálogo individual que tantos y tantos lectores han anudado con el libro no sé si desde que se publicó hasta hoy mismo.

Algunos autores, con la suficiente autoridad para poder hacerlo, han visto en ese diálogo individual permanente el

valor del *Quijote*. No es caso de hacer la historia de las interpretaciones trascendentes arrostrada por otros; quizá sea cosa, por lo demás, imposible: cada lector tiene la suya. Me serviré, sin embargo, de un par de pinceladas de referencia. No ha mucho que Harold Bloom explicaba *cómo leer y por qué* el *Quijote* haciendo descansar su valor fundamental en que a cada paso el lector se iba encontrando consigo mismo y, sobre todo, conociéndose, pues era capaz de reconocer en su condición humana los aspectos sanchopancescos o quijotescos que ni siquiera sospechaba eran también propios de su personalidad, de su carácter o de su biografía¹. Distanciándose del unamuniano anacronismo existencialista de los generalistas, Francisco Rico privilegia el punto de vista literario e individualista, y ha recordado que la fascinación que sigue ejerciendo don Quijote es fundamentalmente literaria y estriba en que los «los hombres somos criaturas narrativas y los días se nos van en fábulas», en acciones y en esperanzas consuetudinarias que son las que a cada paso vemos en el *Quijote* permeando gracias al efecto cambiante de los puntos de vista².

Y, de hecho, ninguna obra literaria nos implica en la vorágine de lo individual, en la vorágine del *sujeto*, tanto como la de Cervantes. No es extraño. Él fue el primer *lector* trascendente de su propia obra, aunque sólo sea por el modo de imbricar sus fábulas, sueños y desesperanzas, incluso por la manera de vivir su condición profesional de escritor, tal como se manifiesta, por ejemplo, en sus prólogos *autorales* o *autógrafos*, por decirlo con la terminología de Gérard Genette³, sobre todo de la madurez. Se pasa, así, de la distancia irónica del

1 Véase Harold Bloom, *Cómo leer y por qué*, Madrid, Anagrama, 2000.

2 Francisco Rico, «Por qué el *Quijote*», en *2/05 Info Fundación Santander Central Hispano*, febrero 2005.

3 Gérard Genette, *Seuils*, París, Seuil, 1987, p. 166.

prólogo *auctorial* de la Primera Parte del *Quijote* (1605) a la resignación melancólica y personal, a la 'naïveté' literaria llena de esperanza del prólogo del *Persiles*, «puesto ya el pie en el estribo» (1617), sin olvidar la cesión o renuncia literaria que, por ejemplo, implica el reconocimiento dolorido de sus propios límites del que levanta acta en el prólogo de las *Comedias y entremeses* (1615), redactado el mismo año de la publicación de la Segunda Parte del *Quijote*. En el siglo XVII, nadie como Cervantes supo obligarnos a hacer de la persona del escritor un elemento indispensable y omnipresente en la lectura de sus obras. La crítica o la lectura histórica, biográfica y autobiográfica de la obra de Cervantes no es sólo una tentación y una realidad romántica o positivista, sino una especie de principio al que nos veríamos guiados sutilmente por el propio Cervantes.

Es difícil, por ello, sustraerse a ese *diálogo individual* al que me refería antes. Pero, en mi caso, no tengo más remedio. No sólo a causa de mis propios límites como pensador y cervantista —declaro no ser ni uno ni otro—, sino también porque mi investigación me ha llevado por otros derroteros, para recalar en el *Quijote*, antes que para partir de él. El cervantismo ha sido conspicuo y guía en este mismo terreno en el que me siento a gusto: la carga histórico política que hay que tener en cuenta a la hora de hacer una lectura contextualizada del *Quijote*, puesta a las claras desde variadas perspectivas por numerosos cervantistas de varias generaciones y cuya sola denominación llenaría bastante páginas, me ahorra cualquier otra justificación personal.

Como acabo de decir, estos cuatro capítulos miran de lejos el *Quijote* y abordan algunas cuestiones que pienso que, en grados diversos, están presentes en la génesis de su idea y de su sentido, y que, para algunos, deben ser tomadas en con-

sideración para una correcta interpretación. Giran, fundamentalmente, en torno a la vitalidad del código caballeresco, a su facturación y puesta en escena en tiempos de un Cervantes no excesivamente desengañado por el efecto de la vejez; en tiempos en los que Cervantes vivía aún un mundo capaz no sólo de valerse del conglomerado metafórico caballeresco, de vivir el sueño caballeresco por medio de sus códigos, e incluso intentar reactivarlo en una realidad sin embargo ya demasiado desestructurada como para que ello fuera posible.

Es cierto, sí, como señalaba Foucault en las tan inolvidables como usadas páginas que abren el capítulo «Représenter» de *Les mots et les choses*, que todo el ser de don Quijote «n'est que langage, texte, feuillets imprimés, histoire déjà transcrite. Il est fait de mots entrecroisés: c'est de l'écriture errant dans le monde parmi la rassemblement des choses. Pas tout à fait cependant: car en sa réalité de pauvre hidalgo, il ne peut devenir le chevalier qu'en écoutant de loin l'épopée séculaire qui formule la Loi»⁴. Pero esto no es cierto más que para una parte del entramado quijotesco, porque la vida del héroe se entrelaza con una *realidad* de la que depende trágicamente, pero de la que está excluido en virtud de su condición literaria y social. Esa realidad no estaba compuesta sólo de *signos*. Don Quijote es como un ente cultural sacado de su contexto y abandonado a su suerte en un espacio completamente adverso o inadaptado. Si bien es cierto que en este espacio se llegan a reconocer los códigos caballerescos, que son los propios del héroe, no se les reconoce más validez que la referencial. O, mejor, se trata de una entidad que se coloca continuamente al margen de este espacio en el que el

4 Michel Foucault, *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*, París, Gallimard, 1966, p. 60.